

LOS NIÑOS Y LOS MIEDOS NO SON UN SÍNDROME

por *Esteban Levin*

*“La realidad no es la que es, lo que se devela en la verdad,
sino también su doble, su sombra, su imagen”*

Emmanuel Levinas

Agustín es un niño de 3 años, extremadamente frágil, si bien habla y se relaciona con otros tiende a “jugar o estar solo”. Cuando no se hace lo que él quiere, se enoja, grita, berrinches, se ofusca hasta lograr lo que se propone y sino se enfasca con sus juguetes, con películas que no deja de ver, por ejemplo “Cars”, con la televisión o la computadora, es decir, se encierra en algunas imágenes que lo fascinan y cautivan, de las cuales no puede salir, y tampoco quiere hacerlo.

Agustín tiene un hermano mellizo que es muy activo y comunicativo (lo opuesto a él), se pelean mucho y ante cualquier situación de descontrol vuelve a refugiarse en sus cosas, “aunque es muy cariñoso”. “Si querés que coma o se vista hace un berrinche, o juega solo con sus autos, no quiere que lo molesten”, afirma con preocupación la mamá.

El papá, por su trabajo, viaja mucho y juega muy poco con sus hijos. Según el decir materno, los lleva y los trae, los cuida pero le cuesta mucho jugar a algo con ellos.

Agustín concurre a un control pediátrico. El pediatra lo mira y el pequeño, sin mirarlo a él, se engancha a mover unos juguetes y no responde a su llamado. Pasan 5 minutos y adelanta un posible diagnóstico de TGD. Inmediatamente lo deriva a un neurólogo de su confianza, que confirma el presunto diagnóstico, es un niño TGD no especificado. Se indica entonces terapia ocupacional dos veces por semana, psicopedagogía y fonoaudiología.

Los papás lo llevan y lo traen de los diferentes tratamientos durante casi un año, pero no notan cambios y comienzan a dudar del diagnóstico. Por este motivo deciden realizarme la consulta.

Desde la primera sesión con Agustín registro la posibilidad de jugar con él pese a la labilidad y fragilidad de la experiencia infantil que produce. Puede hablar en primera o en tercera persona y desarrolla un diálogo.

Agarra autitos y los lleva por una pista, generoso me mira, me da un auto y empezamos a compartir un espacio en el cual los autos ocupan un lugar central.

Al jugar con los autos le propongo armar un puente, una casa o ir a una estación de servicio para arreglar el auto, revisar ruedas o cargar nafta. Lentamente sin “berrinches” va produciendo una cierta dramática.

Al principio y si lo dejo solo, Agustín va y viene con los autos, pero no aparece ninguna historia ni escena, tiende a realizar la misma acción con escasa y pobre representación. Al introducirme en la propia acción de los autos vamos construyendo un espacio entre Agustín y Esteban donde un escenario diferente, con aventuras y misterios, se despliega en el devenir de la propia experiencia. De este modo, propone jugar con la caja de herramientas y reparamos ventanas, lámparas, ascensores, etc.

En una sesión dramatizo la tristeza de un auto que al chocar con otro se le sale una rueda. En ese instante, lloro y grito de dolor, encarno el “sufrimiento” por haber perdido una rueda.

Agustín se angustia, no quiere, le da miedo que el auto llore o esté triste y me pide que no lo haga llorar más. Finalmente terminamos reparando el auto.

A la sesión siguiente, Agustín tiene miedo de subir al consultorio. Expresa su temor y afirma que el auto está triste, que tiene miedo, porque el auto se lastimó. La madre le explica que es sólo un juego y que puede elegir otros juguetes. Nos despedimos de ella y subimos. Al entrar ve un títere con forma de tucán.

Como estaba en la mesa me pregunta: “Esteban, ¿qué le pasa?”. “No sé, preguntale”. “Tucán ¿qué te pasó?”, exclama. “Me caí”, responde el tucán, que encarno con otro tono de voz y dice: “Necesito ayuda, me caí”. Agustín me mira y pregunta: “¿Lo ayudamos?”. “Sí, sí”, afirmamos juntos y a continuación va a buscar unas curitas y grita: “Somos doctores”.

Buscamos el botiquín, una caja de curitas y empezamos a curar al tucán que se queja del dolor. Agustín coloca una curita en el ala, lentamente otra en el pico y en los pies, al mismo tiempo agradece los remedios y la curación. Agustín se coloca un estetoscopio de juguete y le toca el corazón. “Sí”, exclama Agustín, “te vamos a curar”. Me mira y respondo: “¿Si dibujamos un corazón y se lo damos?”. “Sí, claro”. A continuación dibujamos un corazón. Agustín lo pinta y lo recorta. Luego dibujamos un ala, plumas, ojos, pies y cada parte del cuerpo la pegamos con cinta al tucán, quien a su vez agradece cada curación.

Al terminar la sesión, Agustín deja una cama para el tucán que prepara con papeles y cartulina. Cuando se encuentra con la mamá le comenta como curamos al tucán y lo contento que estaba por hacerlo.

Luego de estas sesiones, en la devolución diagnóstica, previa interconsulta con la escuela, le aclaro a los papás que Agustín no es un niño con TGD no especificado, no concuerdo con ese diagnóstico, pues es un niño que ha podido configurar su imagen corporal pero allí donde tiene que hacer uso de ella y lanzarse a jugar, a representar, a inventar, a construir nuevas experiencias infantiles, él se inhibe, tiene miedo, se atemoriza, se defiende y se refugia en juguetes, imágenes o acciones de las cuales no puede salir.

Justamente este es el motivo por el cual era necesario un tratamiento con la finalidad de abrir y enriquecer su universo infantil. Al mismo tiempo que dar lugar a la articulación entre la plasticidad neuronal y la plasticidad simbólica.

En estas primeras entrevistas, Agustín sin duda podía comenzar a ubicarse en otra posición, en la cual podía ser él y comenzar a hacer uso de la imagen corporal. Sin desaparecer en el intento, al jugar y construir otra escena puede resignificar la anterior y generar nuevas historias.

El miedo de Agustín no es tanto frente a lo desconocido, lo extraño o lo nuevo sino a que su mundo, conocido y fijo, se modifique, se vuelva otro y cambie. Esta inquietud invade la experiencia infantil, lo paraliza e inhibe. Genera entonces una experiencia fija que lo completa, cualquier escenario diferente lo atemoriza, aparece como lo real sin imagen ni representación. Se le torna siniestro y se defiende, encerrándose aún más en esas imágenes y escenarios desamparados que se reproducen sin producir ninguna diferencia, ningún acontecimiento.

Frente a esta realidad que cada vez más lo encierra y apresa en una profunda y temerosa soledad, proponemos generar un espacio escénico que nos permita relacionarnos con él y a la vez transitar y atravesar un trayecto lo suficientemente intenso que permita transformar lo extraño, lo otro, lo siniestro, lo que atemoriza en familiar, y lo familiar, lo conocido y la fijeza

de una misma experiencia en extraño, desconocido y perdido. Dicho de otro modo y es esto lo esencial del jugar, metamorfosear lo familiar en extraño y lo extraño en familiar.

Al jugar, la experiencia infantil duplica la realidad. La transforma y sin darse cuenta, el niño anuda lo que lo atemoriza y angustia. Este mecanismo simbólico, intenso y ficcional le posibilita mirar la realidad desde otro horizonte. Rompe la incredulidad y cree en lo imposible. Al curar al tucán, Agustín toma distancia de su propio malestar y transita un camino extraordinario.

Lo extra-ordinario es ese tránsito, ese viaje entre lo extraño, lo siniestro y lo familiar. Duplicarse para un niño es desdoblarse haciendo de cuenta que es otro. Construye así otra realidad, irreal pero que le permite comprender la realidad. En la infancia, la otra escena es una cuestión de experiencia, de acontecimiento que tiene que suceder a partir y en relación con un otro como parte esencial de su historicidad.

Nuestra función, desde el punto de vista clínico, es entrar y salir de la escena, de algún modo somos también jugados e interpretados por la escena. Nos dejamos desbordar por ella y a la vez le colocamos un borde para que se pueda desplegar la representación y adquirir la vida, la intensidad, la dramática y el afecto que se inscribe como huella y memoria. De este modo, somos escenificados y transformados por la experiencia escénica del niño. Es en este sentido que planteamos una ética a partir de la cual somos sensibles al sufrimiento y la angustia del otro, como trampolín para otro escenario.

Al poner en juego otra escena, en el caso de Agustín, la del tucán y la enfermedad, nos incorporamos a ella como personajes que sostienen y sustentan la nueva experiencia donde la historia se mantiene en suspenso hasta el próximo encuentro. Muchas veces oficiamos de puente entre una escena y otra, creando la plasticidad y pluralidad de un nuevo escenario que nunca coincide consigo mismo. En esa no coincidencia se juega la posibilidad de la experiencia infantil y la estructuración de un sujeto, que como venimos sosteniendo nunca podremos considerarlo como un síndrome. Un síndrome nunca tiene miedos. Para un niño, ¿es posible transcurrir su infancia sin tener, alguna vez, algunos miedos?

Lic. Esteban Levin

Lic. Esteban Levin es psicomotricista, psicólogo (psicoanalista), profesor de Educación Física, Director de la Escuela de Formación en Clínica Psicomotriz, Docente de la Facultad de Psicología (UBA), Profesor de la Universidad de Barcelona del Master de Psicomotricidad Terapéutica, Profesor de la Universidad Federal de Fortaleza (Brasil).